

EDITORIAL

A medida que nos acercamos al final del presente siglo, que a su vez marca el fin del segundo milenio, una ola de fuerzas irracionales inunda la sociedad actual. Nos estamos refiriendo al pulular de numerosos grupos dedicados a la magia, al esoterismo y aun al satanismo. Viene a la mente la imagen de una explosión volcánica, en la que fuerzas magmáticas profundas rompen la corteza ctónica y un torrente de lava incandescente inunda y calcina a su paso poblados, sembradíos, seres vivientes.

Aunque no todos parezcan percibirlo, la época de la magia en la historia de occidente, no es el medioevo y ni siquiera el renacimiento—tan interesado en aquella—, sino nuestro siglo. Cae con ello el esquema positivista de Augusto Comte que consideraba la magia como un estadio primitivo de relaciones del hombre con lo sacro; después del primer estadio mágico, y del segundo, religioso, la humanidad podría entrar finalmente en el tercero y más glorioso, el científico. En la época de la informática y de los viajes a Marte, florece como nunca antes el fenómeno de la magia y del esoterismo, como constatan sociólogos, antropólogos y teólogos, datos a la mano.

Ya esta sola constatación fenoménica debería alertar a creyentes cristianos y aun a toda persona que crea en la razón humana como instrumento de elevación de la persona y de educación de los pueblos a través de la cultura.

Intentando dar razón de nuestra esperanza (*1 Pe 3, 15*) y deseando contribuir a la educación del hombre por medio de valores humanos arraigados en la razón, en el corazón y en la genuina fe religiosa, dedicamos el presente número de ECCLESIA al estudio del fenómeno de la magia y del esoterismo. Y, a la vez, intentamos señalar el camino para una respuesta adecuada a esa avalancha de irracionalismo y sincretismo: la religión natural, las religiones no cristianas en lo que tienen de semillas del Verbo, y la nueva evangelización, son el marco adecuado para discernir los nuevos movimientos esotéricos y parareligiosos.

Massimo Introvigne, sociólogo y estudioso de ciencias religiosas, fundador y director del CESNUR (Centro de Estudios sobre Nuevas Religiones), nos describe el fenómeno de la magia y el esoterismo en toda su complejidad.

Giuseppe Ferrari, secretario nacional en Italia del GRIS (Gruppo di Ricerca e di Informazione sulle Sette), nos describe otro fenómeno todavía más inquietante: el satanismo en nuestros días, con su constelación de misas negras y rituales aberrantes. Bien se ha dicho que quien rehúsa la adoración y el culto al Dios verdadero, se inclinará luego ante cualquier ídolo, el peor de los cuales es «el padre de la mentira».

Además de los cauces del cine y la televisión, también la literatura vehicula contenidos esotéricos. Donal Leonard nos presenta y evalúa críticamente dos obras de Paulo Coelho, escritor brasileño de éxito crematístico. *Diario de un Mago*, y *El Alquimista*, son dos ejemplos de la mentalidad mágico-esotérica que llega a millones de gentes bajo el ropaje «literario» de un *best-seller* apoyado en hábiles maniobras de *marketing*.

El contexto de los movimientos esotéricos y metarreligiosos es el fenómeno religioso analizado a la luz de la fe cristiana. Miguel Paz desarrolla el tema, explicando el papel de los símbolos, los arquetipos, los mitos, los ritos, los tiempos y espacios sagrados, el sacrificio, la comunidad y la oración, como medios y expresión de ese dinamismo trascendente que lleva al hombre, a todo hombre en toda cultura, a comunicarse con «Lo Sacro», con «El Otro». Aquí tienen su lugar las religiones naturales y de aquí se puede calibrar adecuadamente, con el Vaticano II y la *Redemptoris missio* de Juan Pablo II, en qué sentido tienen valor salvífico las religiones no cristianas. Con estas premisas es fácil valorar las degeneraciones de la religiosidad humana en el politeísmo, la idolatría, el ritualismo, la magia, los cultos, el esoterismo, el sectarismo, el satanismo.

La respuesta más adecuada a la «religiosidad dispersa» así como a la descristianización, el indiferentismo y el secularismo de nuestros días nos la da Juan Pablo II, cuando moviliza a todos los católicos para una nueva evangelización. El cardenal Joseph Ratzinger nos muestra la *estructura* de la nueva evangelización: se realiza en el misterio de la pequeñez del grano de mostaza y en la debilidad de Cristo crucificado. De tal estructura deriva el *método*, que es ante

todo despojo del propio yo para ofrecerlo a Cristo por la salvación de los hombres. Es el «método» del Verbo Encarnado: «*Yo he venido en nombre de mi Padre*» (Jn 5, 43). El signo del Hijo es la comunión con el Padre y con el Espíritu Santo; la contraseña del Anticristo es, en cambio, hablar en nombre propio. Otros elementos del método de Cristo son la oración —de día predicaba, de noche oraba— y toda su vida como un caminar hacia la cruz. Entre los contenidos de la nueva evangelización, están ante todo la conversión, el Reino de Dios o anuncio del Dios vivo: ante un mundo «en crisis de Dios», el *unum necessarium* para el hombre es Dios. Y Jesucristo: solo en Cristo y por medio de Cristo el tema y la realidad de Dios se tornan concretos y visibles. En conclusión, hablar de Dios y del hombre, eso es todo el mensaje cristiano.

Nunca más actual la invitación de Pablo a su discípulo Timoteo:

Te conjuro en presencia de Dios y de Cristo Jesús que ha de venir a juzgar a vivos y muertos, por su Manifestación y por su Reino: proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por la comezón de oír novedades: apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas» (2 *Tim* 4, 1-4).

Si el olvido de la razón engendra monstruos, la muerte de Dios es muerte del hombre. El ocaso solemne de este fin de siglo nos ha de llevar al alba del tercer milenio con paz y serenidad si sabemos seguir las voces cuerdas de la razón y los clarines gozosos de la resurrección de Cristo, Príncipe de la Paz y Autor de la vida.

Ecclesia

